

Le respondió la reina: « Muy noble Rudigüero, nunca una hija de reyes ha tenido tantas riquezas como Hagen me ha quitado. » Su hermano Gernot se acercó á la cámara del tesoro.

Con el permiso del rey introdujo la llave en la puerta. Distribuyó el rico tesoro de Crimilda que valdría treinta mil marcos ó más y lo hizo aceptar á los extrangeros; Gunter aprobó lo hecho.

Así dijo el de Bechlaren, esposo de Gotelinda: « Aunque mi soberana Crimilda tuviera tantas riquezas como en otro tiempo le trajeron del Nibelungenland, ni mi mano ni la de la reina las tocara. »

« Conservadlas para vosotros, yo no las quiero. He traído de mi país bastantes bienes para no carecer de nada en el camino: tengo lo suficiente para hacer todos los gastos del viaje. »

Ofrecieron á las vírgenes doce cofres llenos del mejor oro que pudo encontrarse de los antiguos tiempos, dándoles galas de mujeres de que debían usar en el camino.

La cólera del furioso Hagen era muy fuerte. Ella tenía todavía mil marcos de oro de las ofrendas y las distribuyó por el alma de su querido esposo. Parecía á Rudigüero que obraba con gran bondad.

La desgraciada reina dijo: « ¿Donde están los amigos que por amor á mí quieren viajar en mi compañía hasta el país del rey Etzel? Que tomen de mi oro y compren caballos y vestidos. »

El margrave Eckward dijo: « Todo el tiempo que he sido de vuestro acompañamiento, os he servido con fidelidad », y añadió el guerrero « lo mismo quiero hacer hasta el fin de mi vida. »

« Quiero llevar también conmigo quinientos de mis hombres que os servirán con gran placer. La muerte solo nos puede separar. » Crimilda dió las gracias al guerrero, se sentía conmovida.

Hicieron acercar los caballos; querían abandonar el país. Muchas lágrimas vertieron sus amigos. Uta la rica y muchas hermosas jóvenes demostraron cuanto de corazón querían á Crimilda; cien hermosas vírgenes del país ves-

tidas llevó consigo de la mejor manera. De sus brillantes ojos caían las lágrimas; grande alegría debía experimentar más adelante en el país del rey Etzel.

También llegaron con su acompañamiento, como la cortesía lo mandaba, el joven Geiselher y el rey Gernot, para acompañar á su querida hermana á la salida del país: llevaban consigo más de mil fieros guerreros.

También fueron con ellos el rápido Gere y Ortwein, Rumoldo el jefe de las cocinas que querían ir con ella. Hicieron preparar sus alojamientos para la noche hasta las orillas del Donau. Gunter los acompañó hasta poca distancia de la ciudad.

Antes de abandonar el Rhin enviaron rápidos mensajeros al Huneland para hacer saber al rey que Rudigüero le había conseguido la noble princesa.

Los mensajeros fueron muy deprisa: querían llegar pronto para conseguir gran honor y la rica recompensa de su mensaje. Cuando llegaron con la noticia, fué la más agradable que el rey Etzel había recibido.

Por esta grande alegría, el rey dió á los mensajeros tantos presentes que pudieron vivir alegres en la opulencia hasta su muerte. La satisfacción hizo desaparecer el pesar y los cuidados del rey.

XXI.

DE COMO CRIMILDA FUÉ AL HUNELAND.

DEJANDO caminar á los mensajeros, haremos saber como la joven reina viajó por el país y donde la dejaron Geiselher y Gernot.

Llegaron hasta Vergen sobre el Donau. Allí se despidieron de la reina, pues querían volver al Rhin. No

podieron los buenos amigos separarse sin verter lágrimas. El atrevido Geiselher dijo á su hermana: « Hermana, si en algún tiempo tienes necesidad de mí, si llegaras á temer cualquier peligro, házmelo saber y por servirte yo iré hasta el país del rey Etzel. »



Sus parientes le besaron la boca y los fuertes Borgoñones se despidieron cariñosamente de los hombres que habían ido con Rudiguero. Con la reina seguían muchos agraciados jóvenes.

Ciento cuatro iban vestidos con hermosos trajes de vistosos colores; llevaban anchos escudos al rededor de la reina durante el camino. Muchos altivos guerreros volvieron atrás para regresar á sus pueblos.

Los demás avanzaron siguiendo el Donau hasta el Baierland: cundió la noticia de que habían llegado muchos y

desconocidos huéspedes, al sitio en que hoy se halla un monasterio y donde el Jura se confunde con el Donau.

En la ciudad de Passau había un obispo. Todos los alojamientos y el palacio del príncipe quedaron desiertos; todos fueron con prisa al Baierland para ver á los huéspedes en el sitio en que el obispo Pilguerín se encontró con la hermosa Crimilda.

Los guerreros del país no experimentaron pesar ninguno viendo tantas hermosas jóvenes como la seguían. Con los ojos requebraban á las hijas de los nobles caballeros. Buenos alojamientos dieron á todos los que las acompañaban.

En Pledelingen les dieron cuanto podían necesitar; el pueblo corría por todas partes, les regalaban cuanto deseaban y ellos lo aceptaban con honor, así sucedió en todas los sitios.

El obispo con su sobrina se encaminó hacia Passau. Cuando dijeron á los habitantes de la ciudad que la joven hermana de los príncipes, Crimilda, iba á llegar, todos los comerciantes se prepararon á recibirla con honor.

Como el obispo creía que iban á quedarse allí algunas noches, el margrave Eckwart le dijo: « No puede ser, debemos encaminarnos hacia las tierras de Rudiguero; muchos guerreros nos esperan, pues saben que llegamos. »

La noticia llegó hasta la hermosa Gotelinda: se preparó de prisa con su hija, pues Rudiguero le había hecho saber que sería bueno consolar en su pesar á la joven reina.

Salieron con muchas damas en su compañía para encontrarles hasta el Ence. Así fué hecho y por todos los caminos se veía mucha gente á pié y á caballo que iban á recibir á los extranjeros.

La reina había llegado á Everdingen. Muchos habitantes del Baierland hubieran querido robar á los caminantes según su costumbre, y tal vez los hubieran asaltado violentamente.

Pero los tuvo en respeto el noble Rudiguero; llevaba consigo mil caballeros y aun más. Llegó allí Gotelinda, la esposa de Rudiguero, con muchos fuertes guerreros suntuosamente vestidos.

Cuando hubieron llegado á la campiña, más allá del Tranne junto al Ence, vieron levantadas por todas partes tiendas y chozas, en las que los extranjeros debían pasar la noche. El margrave proporcionaba los víveres á su costa.

Su esposa la hermosa Gotelinda abandonó su alojamiento. Por el camino se veían venir muchos magníficos caballos con sonantes bridas. La recepción fué magnífica, Rudiguero estaba muy alegre.

Los que venían de ambas partes al campo lo hacían de una manera ostentosa; allí había muchos héroes. Celebraron tornéos en presencia de las hermosas jóvenes y el servicio de la joven reina no causaba pesar á los guerreros.

Cuando llegaron cerca de los extranjeros los hombres de Rudiguero, muchas astas de lanzas rotas por las manos de los guerreros volaron en astillas. Lucharon ante las mujeres por conquistarse premios.

Se detuvieron. Con mucha cortesía se saludaron los hombres; después la hermosa Gotelinda fué llevada á la presencia de Crimilda. Los que estaban para servir á las mujeres tuvieron gran satisfacción.

El jefe de Bechlaren se encaminó á donde estaba Gotelinda. Gran placer era para la margrave verlo volver sano y salvo del Rhin; su gran cuidado fué reemplazado por grande alegría.

Después de haberla saludado le dijo que echaran pié á tierra en el campo con todas las mujeres que le acompañaban. Allí estaban muy atareados muchos nobles hombres que ponían gran cuidado en servir á las mujeres.

Cuando Crimilda vió venir á la margrave con su acompañamiento, dijo que no se siguiera adelante; ella detuvo á su caballo con la brida y suplicó que la ayudaran á bajar de la silla.

El obispo llevaba á su sobrina hacia Gotelinda, de acuerdo con Eckwart, en el momento en que todos se separaban. Allí la extranjera besó en la boca á la margrave.

Así dijo con tierno acento la noble margrave: «Gran satisfacción es para mí, querida señora, el que mis ojos

os hayan podido ver en este país: en ningún tiempo me hubiera podido ocurrir nada más agradable.»

«Dios os lo pague, muy noble Gotelinda», respondió Crimilda. «Si yo conservo la salud con el hijo de Botelungo será un bien para vos haberme visto aquí.» Las dos ignoraban lo que tenía que suceder.

Con mucha cortesía se saludaron las demás jóvenes; allí estaban los guerreros para servirlos. Después de saludarse se sentaron sobre la yerba y supieron muchas cosas que ignoraban por completo.

Escanciaron la bebida á las mujeres. Sería próximamente medio día, el noble acompañamiento no reposó mucho tiempo en aquel sitio; se encaminó hacia las tiendas en que tenían preparado cuanto podían desear.

Descansaron toda la noche; los de Bechlaren lo prepararon todo para recibir á tan distinguidos hombres; Rudiguero había hecho que nada les faltara.

Ninguna de las ventanas que había en los muros se veían cerradas; Bechlaren estaba abierto. Hacia allí se encaminaron los extranjeros á quienes veían con gusto. El noble Rudiguero les ofreció todo lo que podían desear.

La hija del margrave con su acompañamiento salió á recibir á la reina de la manera más cariñosa; allí estaba su madre, la esposa de Rudiguero y muchas jóvenes que se saludaron con afecto.

Cogiéronse de la mano y se dirigieron á una espaciosa sala muy bien adornada bajo la que corría el Donau. Sentáronse junto á las ventanas y se distrajeron grandemente.

No os puedo decir todo lo que sé. Se marcharon con pena y se escuchó como se quejaban los guerreros de Crimilda, pues era verdadero su pesar. ¡Cuántos buenos guerreros de Bechlaren marcharon en su compañía!

El margrave les ofreció cariñosamente sus servicios. La joven reina dió á la hija de Gotelinda doce brazaletes de oro rojo y algunos buenos vestidos como no los llevaban mejores el país del rey Etzel.

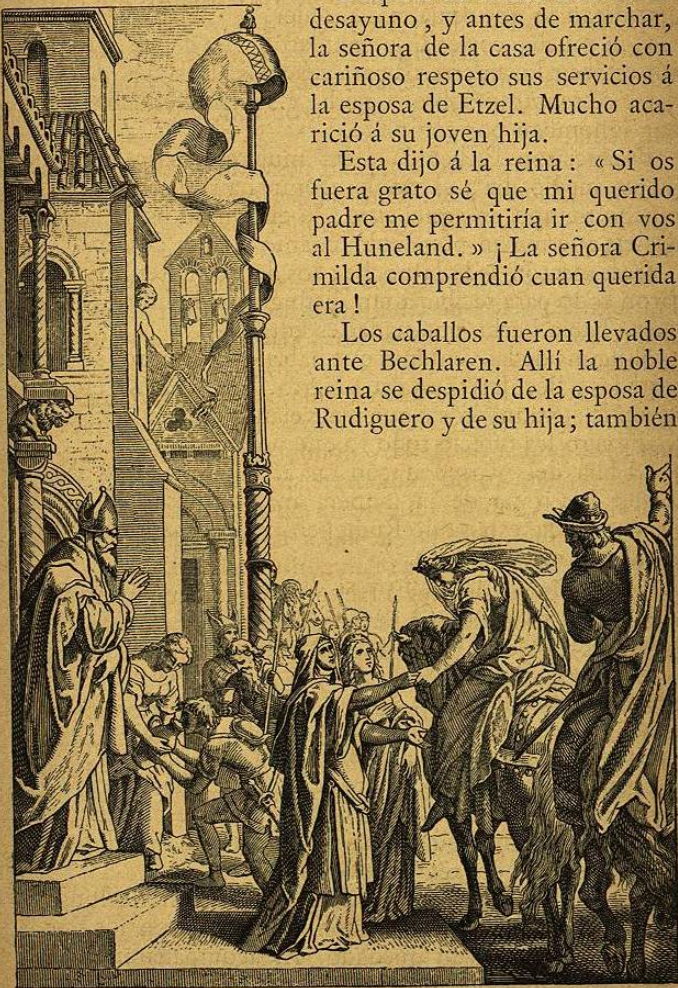
Aunque le había sido robado el oro de los Nibelungos, ella se conquistaba la afección de todos, con los pocos bienes que le habían quedado. Al acompañamiento del jefe hizo grandes regalos.

Por su parte la señora Gotelinda trató á los extranjeros del Rhin con sumo honor, haciendo grandes y pequeños regalos, de modo que no había quien pudiera decir que no había recibido piedras preciosas ó magníficos vestidos.

Después de haber tomado el desayuno, y antes de marchar, la señora de la casa ofreció con cariñoso respeto sus servicios á la esposa de Etzel. Mucho acarició á su joven hija.

Esta dijo á la reina: « Si os fuera grato sé que mi querido padre me permitiría ir con vos al Huneland. » ¡ La señora Crimilda comprendió cuan querida era !

Los caballos fueron llevados ante Bechlaren. Allí la noble reina se despidió de la esposa de Rudiguero y de su hija; también



con grandes cumplimientos se separaron muchas hermosas jóvenes.

Ellos casi no volvieron á verse después de aquel día. De Medelick se trajeron muchas magníficas copas de oro en las que se escanció vino á los extranjeros durante el viaje; habían sido muy bien recibidos.

Había allí un príncipe llamado Astoldo que les indicó los caminos por el Osterland hacia Montoron por el Donau; por aquellos sitios ofrecieron muchos servicios á la rica reina.

El obispo se separó con gran pesar de su sobrina. ¡ Con cuánta piedad le deseó feliz viaje y que consiguiera en el país de los Hunos tan grande honor como había conquistado Helke !

En los días siguientes los extranjeros siguieron hacia el Traisem. La gente de Rudiguero los sirvió en su país hasta que llegaron los Hunos. Por todas partes hicieron grande honor á la reina.

El príncipe del Huneland tenía cerca del Traisem una rica población muy célebre, cuyo nombre era Traisemauer, residencia de Helke, donde practicaba sus virtudes de una manera como nadie ha visto,

si no es Crimilda que tenía gusto en dar con largueza. Ella podía disfrutar después de sus infortunios del placer de verse honrada por la gente de Etzel.

Los dominios del rey Etzel eran conocidos hasta muy lejos, y en todo tiempo se hallaban en su corte fortísimos guerreros de los más renombrados entre los cristianos ó los paganos.

Todos habían llegado allí; lo mismo los cristianos que los paganos se habían reunido siempre en su corte, y cualquiera que fuera la manera de vivir de cada uno, la bondad del rey era tanta, que todos estaban contentos.

